

El Poema Es la Palabra Justa

El Rey David

José Miguel Ibáñez Langlois. Editorial Universitaria, Santiago, 1998, 60 páginas.

por Miguel Arteche

UN poema de más de mil versos —mil 145— no puede ser sólo lírico. El rey David puede ser dramático, deber algo a la crónica, al diálogo, a la historia, y desde luego a la lírica. Puede admitir la canción, libre o cerrada; aceptar la entrada de elementos prosaicos: la jerga, lo coloquial, el habla, sobre todo si, en este caso, hay muchas hablas, según se la emplea en la ciudad. La palabra épica es otra cosa si se la usa en un poema que acarrea diversos estratos. En el espacio de El rey David cabe, aunque con algunas precisiones.

Habría que precisar qué papel juega, o debe jugar, la palabra en un poema. Está, desde luego, la palabra que tiene tradición poética. O la palabra que no la tiene. Vale siempre que la palabra sea necesaria en el poema, y se quede en él. Vale si se integra en el fuego del poema; no vale si no se integra. Vale si es precisa, sea oscura o clara. Precisión de la oscuridad o de la claridad. La ambigüedad es necesaria si crea un campo de asombro; no es necesaria si la palabra nace debido a la torpeza del poeta, su oficio no dominado; o lo que es peor, si es la orden de algún "corresponsal" de turno.

Dicho de otra manera, el poema se sostiene si se trata de la palabra "justa". Y ésta puede ser coloquial, tradicional, nueva, extraña, "científica", libre en el metro o libre en una estructura cerrada. Es decir, precisa y justa. Y justa por ser precisa. "Escribir un poema —contaba Lawrence Durrell— es como tratar de agarrar una lagartija sin que se le caiga la cola (...). En la India, cuando yo era muchacho, había grandes lagartijas verdes, y si uno les gritaba o les disparaba, se les caía la cola. Sólo había un muchacho en la escuela que podía agarrar lagartijas sin que se les cayera la cola. Nadie sabía exactamente cómo lo hacía. Tenía una manera capocial, suave, de llegar hasta ellas, y las capturaba sin que perdieran la cola. Esa me pareció la mejor analogía que puedo dar. Tratar —concluía Durrell— de agarrar el poema sin que se le caiga la cola".

Y para que al poema no se le caiga la cola, no le debe faltar nada ni sobrar nada.



El verso que aquí emplea José Miguel Ibáñez Langlois es eso que se llama verso libre, aunque no hay libertad en poesía. Como en ajedrez, se crea la libertad dentro de un espacio de 64 casillas. Fuera de este espacio, no existe el juego; esto es, no existe el poema. En el espacio de El rey David se mueven metros de siete, ocho, once y catorce sílabas. Se suprime la puntuación que en algunos casos no debió haberse eliminado. Eliminarla es una manía de otro tiempo, como ocurrió en poemas chilenos de la vanguardia de 1920 o 1930. En algunos pasajes de este vasto poema podrían haberse alternado con distintos signos de puntuación.

Pero no cambia el nivel de lo que puede uno llamar extensa sinfonía. Y sus estrofas, que prefiero llamar movimientos, son 67. Tal vez a la manera de Messiaen. Sea, como se explica en la contracubierta, que se trate de un poema "orgánico", según lo que ha escrito José Miguel Ibáñez Langlois, a partir, por lo menos, del Libro de la Pasión. Aunque todo poema que se respete es "orgánico", pues orgánico es lo agito para la vida, y aquello que tiene armonía y proporción, esté en tinieblas o a la luz del sol. Lo orgánico del poema, en este caso, nace de cómo, aquí, se emplea la "construcción gramatical de la anáfora, basada en la colocación reiterada del mismo vocablo al principio de una serie de versos". O se usa la sinimia, la perífrasis, el paralelismo o la antitesis.

Las otras técnicas son los bruscos saltos temporales y la penetración en el poema del coloquio. En algunos casos, el coloquio chileno. Por ejemplo: "David quiso saber cómo iba la cosa". O: "El viejo (Saul) era un acurótico jodido". O: "los fenicios no piensan más que en comerciar y expandir la economía de mercado". Cosas que, en algunos momentos, lastiman el poema. Pero no le quitan su fuerza. Sobre todo cuando aparecen hermosas imágenes: "El viento de los desiertos le enseñó a tocar el arpa y a silbar como el mismo viento". O: "David hizo girar la honda con la exactitud de una gran pasión". O algo que es para mí un enigma, y son esos "heptasilabos que profiere el Encino Femenino". O: "el temible poder político de las mujeres". Que, en este caso, resulta un aviso para los hombres públicos. Heptasilabos o poder político son secretos para mí, tal vez porque lo más hermoso es siempre lo más misterioso.

Siempre me ha parecido que, después de la lectura de un poema, sobre todo si se lo dice en voz alta, uno termina por ver el mundo de manera muy diferente al mundo de la experiencia corriente. Se lo ve más allá de su apariencia; es decir, en su totalidad. La poesía y la física son una forma de "insight", y en este sentido son arte. "La belleza de las leyes de la física", dice John Wheeler, "es la fantástica simplicidad que ellas tienen". Un buen poema, de esta manera, lo muestra todo; no esconde nada, no simula nada, más allá de lo que es; no viene tinta en la tinta de bulto para ocultar que no hay nada en el fondo.

Esto es lo que ocurre en los mejores momentos de El rey David. En los movimientos 10, 14, 22, 27, 34 (la elegía), 39 y 62 (Jerusalén), 41 y 42 (el Arca), o 52, 58 (el cántico de David a Betabé), el más hermoso. Bastaría sólo el para afirmar que la poesía es (o se acerca) "a la carne del amor de Dios".

La poesía, ya se sabe, es, como la música, un arte del tiempo. Y el Tiempo, como escribió Ernst Jünger, "es la manera que tiene Dios para evitar que todo suceda al mismo tiempo". Si así sucediera, no tendríamos arte ni nada, y no podríamos amar o leer poemas, o no valdría la pena vivir. José Miguel Ibáñez Langlois, como Joaquín Allende, son sacerdotes, y en nuestra poesía nos dicen que se puede, aunque es difícil, ser poeta y sacerdote. Ambas son formas de la ciudad, y escribir poemas es una forma de amor; no importa las debilidades humanas del poeta. La criatura más pequeña nos sirve para religarnos a Dios. Y el poema es siempre una criatura pequeña.

El Poema es la palabra justa [artículo] Miguel Arteche.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arteche, Miguel, 1926-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Poema es la palabra justa [artículo] Miguel Arteche. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile